

evolución histórica? Graves cuestiones son estas. Los cambios deben venir y vendrán sin revoluciones. Entre tanto, veamos si la condición del bello sexo bajo el régimen del Bushido era realmente tan mala que justificase una rebelión.

Se habla mucho del respeto exterior que los caballeros europeos profesaban «á Dios y á sus damas», términos cuya incongruencia hace sonrojar á Gibbon; Hallam nos dice también que la moral de la Caballería era grosera, que la galantería se fundaba en el amor ilícito. El efecto de la Caballería sobre el sexo débil ha sido tema de reflexión para los filósofos, sosteniendo Guizot que el feudalismo y la Caballería ejercieron saludable influjo, mientras que Spencer dice que en una sociedad militante (y ¿qué otra cosa fué el feudalismo?) la posición de la mujer es necesariamente inferior, y sólo mejora cuando la sociedad se hace más industrial. Ahora bien, ¿cuál es la teoría verdadera para el Japón: la de Guizot ó la de Spencer? A esto debo responder que las dos son justas. La clase militar en el Japón estaba limitada á los samurai, que comprendían próximamente dos millones de almas. Sobre ellos estaban los militares nobles, los *daimio*, y los nobles cortesanos, los *kugé*—estos últimos nobles superiores, sibaritas, que no tenían de guerreros más que el nombre. Por debajo de los samurai estaba la masa común del pueblo, obreros, comerciantes y campesinos, cuya vida estaba dedicada á

las artes de la paz. Así, las que Herbert Spencer da como características del tipo militante de sociedad, puede decirse que se limitaban exclusivamente á la clase samurai, mientras que las del tipo industrial eran aplicables á las clases superiores é inferiores á aquélla. Esto se ve bien claro en la condición de la mujer; porque en ninguna clase gozó de menos libertad que en la samurai. Por extraño que parezca, cuanto más baja la clase social (como, por ejemplo, entre los pequeños artesanos), mayor era la igualdad de posición entre el marido y la mujer. También entre la alta nobleza la diferencia en las relaciones de ambos sexos era menos marcada, principalmente porque había pocas ocasiones de hacer resaltar las diferencias de sexo, habiéndose literalmente afeminado los nobles acomodados y ociosos. Así, la afirmación de Spencer se vió plenamente confirmada en el Japón viejo. En cuanto á la de Guizot, los que lean su descripción de la comunidad feudal, recordarán que se fija en la alta nobleza especialmente, de modo que su generalización sólo es aplicable á los *daimio* y á los *kugé*.

Incurriría en una grosera injusticia con la verdad histórica si mis palabras sólo dieran una opinión inferior de la condición de la mujer bajo el Bushido. No vacilo en afirmar que no era considerada como igual al hombre; pero hasta que aprendamos á distinguir entre diferencias y desigualda

des, habrá siempre malas inteligencias acerca de este asunto.

Cuando pensamos en qué pocos respetos son los hombres iguales entre sí (á saber: ante la ley y ante la urna electoral), parece ocioso empeñarnos en una discusión acerca de la igualdad entre los sexos. Cuando la Declaración de Independencia dijo que todos los hombres nacían iguales, no se refería á sus dotes mentales ó físicas: no hacía más que repetir lo que Ulpiano había anunciado hacía mucho tiempo, que ante la ley todos los hombres son iguales. Los derechos legales eran en este caso la medida de su igualdad. Si fuera la ley el único patrón para medir la condición de la mujer en una sociedad, sería tan fácil decir dónde está colocada, como dar su peso en libras y onzas. Pero la cuestión es esta: ¿es correcto ese patrón para medir la posición social relativa de los sexos? ¿Es justo, es suficiente comparar la posición de la mujer con la del hombre, como el valor de la plata se compara con el del oro, y dar la proporción en números? Semejante método de cálculo deja fuera de consideración el género más importante de valor que un ser humano posee, á saber: el valor intrínseco. Dada la diversa variedad de requisitos necesarios para que cada sexo cumpla su misión sobre la tierra, el patrón que debemos adoptar para medir su posición relativa, debe ser un carácter complejo; ó, usando el lenguaje económico, debe ser

un patrón múltiple. El Bushido tenía un patrón propio, que era binomial. Trataba de determinar el valor de la mujer en el campo de batalla y junto al hogar. En aquél no tenía nada que hacer; en éste, todo. El trato que recibía correspondía á esta doble medida: como unidad político social no era tenida en mucho: mientras que como esposa y madre recibía el más alto respeto y el más profundo afecto. ¿Por qué en un pueblo tan militar como el romano eran tan veneradas sus matronas? ¿No sería porque eran *matronæ*, madres? No por ser guerreras ni legisladoras, por ser madres se inclinaban los hombres ante ellas. Otro tanto ocurrió entre nosotros. Mientras los padres y los maridos estaban ausentes en el campo ó en la guerra, el gobierno de la casa quedaba por completo en manos de las madres y las esposas. La educación de los jóvenes y hasta su defensa, les estaba confiada. Los ejercicios guerreros de las mujeres, de los cuales ya he hablado, tendían, en primer término, á capacitarlas para dirigir y seguir con inteligencia la educación de sus hijos.

He notado que entre los extranjeros poco informados existe la idea de que, porque la expresión corriente para hablar de la mujer propia es «mi inculta mujer» y otras parecidas, es despreciada y tenida en poca estima. Cuando digamos que frases como «mi imbécil padre», «mi sucio hijo», «mi

torpe persona», etc., son de uso corriente, ¿habremos respondido con suficiente claridad?

Me parece que nuestra idea de la unión marital va en ciertos respectos más lejos que la llamada cristiana. «El hombre y la mujer deben ser una carne». El individualismo anglo-sajón no puede abandonar la idea de que marido y mujer son dos personas; de aquí que, cuando no están de acuerdo, se reconoce la separación de sus *derechos*, y cuando lo están, agotan el vocabulario de toda clase de nombres cariñosos y dulzuras necias. Suenan muy irracionalmente á nuestros oídos, cuando un marido ó una mujer hablan á un tercero de su respectiva mitad (mejor ó peor) y dicen que es adorable, gracioso, bondadoso y mil cosas más. ¿Es de buen gusto hablar de uno mismo, nombrándose «mi graciosa persona», «mi adorable carácter», y cosas por el estilo? Nosotros creemos que alabar á la mujer ó al marido es alabar una parte de uno mismo, y la propia alabanza se considera, por no decir más, como de mal gusto, entre nosotros..., y creo que también entre las naciones cristianas. He hecho una digresión algo larga, porque el cortés menosprecio aparente de la mujer propia, era una costumbre muy en boga entre los samurai.

Habiendo empezado las razas teutónicas su vida de tribu con una veneración supersticiosa hacia el bello sexo (aunque ese sentimiento se va desvaneciendo realmente en Alemania) y comenzando los

americanos su vida social bajo la penosa conciencia de la insuficiencia numérica de las mujeres (1) (las cuales, á la vez que aumentan en número, temo que van perdiendo rápidamente el prestigio de que gozaron sus madres coloniales), el respeto que el hombre manifiesta á la mujer se ha convertido en la civilización occidental en el principal criterio moral. Pero en la ética marcial del Bushido, la divisoria entre lo bueno y lo malo se buscaba en otro lugar. Se colocaba en la línea de deber que une al hombre con su propia alma divina y con las demás almas, en las cinco relaciones que he mencionado en la primera parte de este trabajo. De éstas, he llamado la atención de mis lectores acerca de la lealtad, relación entre un hombre como vasallo y otro como señor. De las restantes sólo he tratado incidentalmente cuando la ocasión se ha ofrecido, porque no son peculiares del Bushido. Fundadas en afectos naturales, no podían menos de ser comunes á toda la humanidad, aunque en algunos respectos hayan podido ser acentuadas por condiciones especiales de su propagación. A propósito de esto, se me ocurre citar la especial intensidad y ternura de la amistad entre hombres, que muchas veces añadía á las relaciones fraternales una adhe-

(1) Me refiero á los tiempos en que se importaban muchas de Inglaterra y se daban en matrimonio por tantas libras de tabaco, etc.

sión romántica, doblemente aumentada por la separación de sexos en la juventud, separación que negaba á los sentimientos el canal natural abierto á ellos en la caballería occidental ó en el libre trato de las tierras anglo-sajonas. Podría llenar muchas páginas con versiones japonesas de la historia de Damon y Pythias, de Aquiles y Patroclo, ó hablar en la lengua del Bushido, de lazos tan simpáticos como los que unían á David y Jonatán.

No es sorprendente, sin embargo, que las virtudes y las enseñanzas peculiares de los Preceptos de la caballería no quedaran circunscritas á la clase militar. Esto nos hace entrar en el examen del

INFLUJO DEL BUSHIDO

sobre la nación en general.

He hecho ver algunas solamente de las cumbres más prominentes que sobresalen de la línea de las virtudes caballerescas, ya más elevada que el nivel general de nuestra vida nacional. Como el sol al nacer tiñe primero los picos más altos de una luz sonrosada, y después, gradualmente, arroja sus rayos al valle profundo, así también el sistema ético, que iluminó primero la orden militar, con el tiempo obtuvo secuaces entre las masas. La democracia erige como jefe á un príncipe natural, y la aristocracia infunde en el pueblo un espíritu principesco. Las virtudes no son menos contagiosas

que los vicios. «No se necesita más que un hombre prudente en una reunión para que todos lo sean; tan rápido es el contagio», dice Emerson. Ninguna clase ó casta social puede resistirse al poder difusivo del influjo moral.

La tan alabada y triunfante marcha de la libertad anglo-sajona, raras veces ha recibido un ímpetu de las masas. ¿Acaso no ha sido ante todo obra de los *squires* y *gentlemen*? Con mucha razón dice Taine: «Estas tres sílabas (*gentlemen*), usadas en el sentido que se les da allende el Canal, resumen la historia de la sociedad inglesa». Es inútil que la democracia responda á esta afirmación, llevando al extremo la cuestión y preguntando: «Cuando Adán y Eva pecaron, ¿dónde estaba el *gentleman*?» Mayor razón para lamentarse de que no hubiera un caballero en el Paraíso. Los primeros padres sintieron bien su falta y pagaron un alto precio por su ausencia. Si lo hubiera habido, no sólo habría ganado con ello el jardín, sino que ellos habrían aprendido sin dolorosa experiencia que la desobediencia á Jeovah era deslealtad y deshonor, traición y rebeldía.

Lo que el Japón fué se lo debió á los samurai. No fueron sólo la flor de la nación, sino también su raíz. Todos los generosos dones del cielo vinieron por su conducto. Aunque se mantuvieron socialmente apartados del populacho, establecieron un patrón moral para ellos y los guiaron con el ejem-

plo. Pienso que el Bushido tenía sus enseñanzas esotéricas y exotéricas; éstas eran eudemonistas, procuraban el bienestar y la felicidad de la comunidad, mientras que aquéllas eran aretaicas, predicaban la práctica de la virtud, por la virtud misma.

En los días más caballerescos de Europa, los caballeros no formaban, numéricamente, más que una fracción pequeñísima de la población; pero, como dice Emerson, «en la literatura inglesa la mitad de los dramas y todas las novelas, desde Sir Philip Sidney hasta Sir Walter Scott, pintan esta figura (el caballero)». Poned en lugar de Sidney y Scott, Chikamatsu y Bakin, y tenéis en una cáscara de nuez los distintivos capitales de la historia literaria del Japón.

Las principales fuentes de deleite é instrucción popular—los teatros, las barracas de los narradores de cuentos, las tribunas de los predicadores, las recitaciones musicales, las novelas—han adoptado como temas principales las historias de samurai. Los campesinos, alrededor del fuego de sus chozas, no se cansan de repetir las hazañas de Yoshitsuné y de su fielescudero Benkei, ó de los dos valientes hermanos Soga; la bronceada prole escucha con la boca abierta, hasta que arde el último leño y el fuego se apaga en las cenizas, dejando, sin embargo, sus corazones inflamados con el cuento narrado. Los empleados y dependientes de comercio, cuando ha dado fin el trabajo de cada día y cierran los *ama-*

do (1) del almacén, se reúnen para contar la historia de Nobunaga y de Hidéyoshi hasta muy entrada la noche, hasta que el sueño se apodera de sus cansados ojos y los transporta, del murmullo del narrador, al campo mismo de las hazañas. Hasta el niño que acaba de soltarse á hablar aprende á balbucir las aventuras de Momotaro, el atrevido conquistador del país de los ogros. Las niñas mismas están tan imbuídas con el amor de los hechos y virtudes caballerescas, que, como Desdémona, estarían prontas á devorar con ansioso oído la novela del samurai.

El samurai llegó á ser el bello ideal de la raza entera. «Como entre las flores es reina la del cerezo, entre los hombres es señor el samurai», canta el pueblo. Libre de empresas comerciales, la clase militar no ayudó al comercio; pero no hubo esfera de la actividad humana, ni manifestación de las ideas, que en alguna medida no recibiera impulso del Bushido. El Japón intelectual y moral fué, directa ó indirectamente, obra de la Caballería.

Mr. Mallock, en su extraordinariamente sugestivo libro *Aristocracia y Evolución* nos ha dicho elocuentemente que «la evolución social, en lo que tiene de distinta de la biológica, puede definirse como el resultado inintencional de las intenciones de los gran-

(1) Cierres exteriores, que se deslizan sobre ranuras ó rieles horizontales.

des hombres»; y más adelante, que el progreso histórico se produce por una lucha, «no entre todos los miembros de la comunidad, para vivir, sino una lucha entre una minoría de la comunidad para conducir, dirigir y emplear á la mayoría de la mejor manera». Dígase lo que quiera acerca de la verdad de sus argumentos, estas afirmaciones están ampliamente comprobadas en la parte que tomó el bushi en el progreso social, hasta donde lo hubo, de nuestro imperio.

Que el espíritu del Bushido se infiltró en todas las clases sociales, se muestra también en la formación de una cierta clase de hombres, conocidos con el nombre de *otoko-daté*, jefes naturales de la democracia. Eran hombres enérgicos, fuertes en todas sus partes, con la fuerza de una humanidad maciza. A la vez voceros y guardianes de los derechos populares, tenían cada uno una escolta de cientos y miles de almas que les profesaban, del mismo modo que los samurai á los daimío, el servicio voluntario de «brazos y vida, cuerpo, bienes y honores terrenales». Apoyados por una vasta multitud de rudos é impetuosos obreros, éstos capataces natos constituían un formidable muro contra el despotismo de las gentes de dos espadas.

Por diversos caminos se ha infiltrado el Bushido fuera de las clases sociales en que se produjo, y obró como una levadura en las masas, proporcionando un tipo moral al pueblo entero. Los Precep-

tos de la Caballería, que empezaron por ser patrimonio de los escogidos, se convirtieron con el tiempo en aspiración é inspiración del pueblo en general, y aunque el populacho no podía alcanzar la altura moral de aquellos espíritus sublimes, sin embargo, el *Iamato Damashii*, el alma del Japón, llegó por último á expresar el *Volksggeist* del Imperio Insular. Si la religión no es más que «la moral tocada por la emoción», según la define Matthew Arnold, pocos sistemas morales ostentan mejores títulos para la categoría de religiones que el Bushido Motoōri ha expresado en palabras la voz muda de la nación cuando canta:

«Si alguien os pregunta cuál es el alma del Yamato,
Respondedle: la flor del cerezo silvestre, exhalando su perfume al sol naciente!» (1).

Sí, la *sákura* (2) ha sido miles de años la favorita de nuestro pueblo y el emblema de nuestro carácter. Nótese, especialmente, los términos de definición que usa el poeta, las palabras *flor del cerezo silvestre, exhalando su perfume al sol naciente*.

El espíritu del Yamato no es una planta cultivada, tierna; sino un producto silvestre, en el sentido de natural; es indígena de nuestro suelo; sus

(1) Shikishima no Yamatogokoro wo hito towaba,
Asahi ni nioō yamazakurabana.

(2) *Cerasus pseudo-cerasus*, Lindley.

cualidades accidentales podrán ser comunes con las flores de otras tierras; pero en lo esencial es producto original y espontáneo de nuestro clima. Y no es sólo el origen su único título á nuestro cariño. El refinamiento y gracia de su belleza conmueve *nuestro* sentido estético como ninguna otra flor puede hacerlo. No podemos compartir la admiración de los europeos por sus rosas, que carecen de la sencillez de nuestra flor. Además, las espinas ocultas tras la dulzura de la rosa, la tenacidad con que se aferra á la vida, como si temiera deshojarse antes de tiempo, prefiriendo marchitarse en el tallo, sus ostentosos colores y fuerte perfume, todos estos son caracteres opuestos á los de nuestra flor, que no oculta puñal ni veneno tras su belleza; que está dispuesta á dejar la vida al primer aviso de la naturaleza; cuyos colores jamás son vistosos, y cuyo ligero perfume jamás marea. La belleza del color y de la forma es limitada en su apariencia; es una cualidad fija de existencia, mientras que su fragancia es volátil, etérea, como el alimento de la vida. Por eso en todas las ceremonias religiosas, el incienso y la mirra desempeñan una parte importante. Hay algo espiritual en el olor. Cuando el delicioso perfume de la *sákura* anima el aire matinal, al levantarse el sol en su carrera para iluminar las primeras las islas del lejano Oriente, pocas sensaciones son más serenamente alegres que aspirar, por decirlo así, el espíritu mismo del espléndido día.

Cuando hasta al Creador se le describe tomando nuevas resoluciones en su corazón después de oler un delicado fruto (Gen., VIII, 21) ¿es maravilla que la estación, dulcemente perfumada, de la flor del cerezo, saque á todo nuestro pueblo de sus diminutas habitaciones? No les echéis en cara que por algún tiempo sus miembros olviden la tarea fatigosa, y sus corazones las angustias y tristezas. Acabado su efímero placer, volverán á la labor de cada día con nueva energía y nueva resolución. Así, en más de un concepto, es la *sákura* la flor de la nación.

¿Es, pues, esta flor, tan dulce y efímera, arrastrada por el soplo del viento, y, después de haber exhalado una bocanada de perfume, dispuesta á desvanecerse para siempre, es esta flor el tipo del espíritu del Yamato? ¿Es el alma del Japón tan frágilmente mortal?

¿VIVE TODAVÍA EL BUSHIDO?

¿O es que la civilización occidental, marchando sobre el país, ha borrado todo rastro de su antigua disciplina?

Triste cosa sería que el alma de una nación pudiera morir tan pronto. Pobre alma sería la que sucumbiese con tanta facilidad ante influjos extraños. El agregado de elementos psicológicos que constituye un carácter nacional, es tan tenaz como los

«elementos irreductibles de la especie, las aletas del pez, el pico del ave, los dientes del animal carnice-ro». En su reciente libro, lleno de ambiciosas aseveraciones y de generalizaciones brillantes, dice Le Bon (1): «Los descubrimientos debidos á la inteligencia forman el patrimonio común de la humanidad; las buenas cualidades ó defectos de carácter constituyen el patrimonio exclusivo de cada pueblo; son las rocas firmes que las aguas deben lamer cada día durante siglos, antes de poder borrar sus asperezas externas». Son estas enérgicas frases, y merecerían ser alabadas, siempre que las excelencias y defectos de carácter *constituyan el exclusivo patrimonio* de cada pueblo. Teorías esquemáticas de este tipo habían sido emitidas mucho antes de que Le Bon hubiera empezado á escribir su libro, y fueron rechazadas tiempo ha por Theodor Waitz y Hugh Murray. Al estudiar las varias virtudes propagadas por el Bushido, hemos buscado, para comparar y dar ejemplos, fuentes europeas, y hemos visto que ninguna excelencia de carácter era patrimonio suyo *exclusivo*. Es cierto que el agregado de excelencias morales ofrece un aspecto completamente único. Este agregado es lo que Emerson llama «resultante compuesta, en que toda fuerza grande entra como componente». Pero, en vez de considerar esto, según hace Le Bon, como

(1) *Psicología de los pueblos.*

patrimonio exclusivo de una raza ó pueblo, el aludido filósofo lo llama «elemento que une las personalidades más salientes de cada país; las hace inteligibles y agradables unas á otras, y es algo tan preciso que al momento se advierte si un individuo carece de ese signo masónico».

El carácter que el Bushido imprimió en la nación, y especialmente en los samurai, no puede decirse que forma «un elemento irreductible de la especie», aunque no cabe duda de la vitalidad que encierra. Si el Bushido no fuese más que una mera fuerza física, el impulso adquirido en los últimos setecientos años no podría detenerse tan en seco. Si solo se trasmitiese por herencia, su influjo debería estar inmensamente propagado. No háy sino calcular, como lo ha hecho Mr. Cheysson, economista francés, que, suponiendo tres generaciones en un siglo, «cada uno de nosotros tendría en sus venas sangre de más de veinte millones de personas que vivieron en el año 1.000 de Jesucristo». El simple campesino que ara en la tierra «abrumado por el peso de los siglos», tiene en sus venas la sangre de edades enteras, y es tan hermano nuestro como «de los bueyes que guía».

Fuerza inconsciente é irresistible, el Bushido ha dado movimiento á la nación y á los individuos. No hizo más que traducir fielmente el sentimiento de la raza cuando Yoshida Shoin, uno de los más bri-

llantes iniciadores del Japón, escribió la siguiente estrofa la víspera de su ejecución:

«De sobra conocía que mi labor acabaría en muerte;
Pero el espíritu de Yamato me impulsaba
A afrontar los acontecimientos sin vacilar».

Aunque no expresado, el Bushido fué y es todavía el espíritu vivificador, la fuerza motriz de nuestro país.

Dice Mr. Ransome, que «hoy día existen juntos tres Japones distintos: el viejo, que aún no ha muerto completamente; el nuevo, apenas nacido más que en espíritu, y el de transición, que atraviesa ahora sus momentos más críticos». Aunque esto es exacto en casi todos respectos, y especialmente en lo que toca á las instituciones tangibles y concretas, la afirmación, aplicada á las nociones éticas fundamentales, necesita alguna corrección; porque el Bushido, factor y producto del Japón viejo, es aún el principio director de la transición y constituirá la fuerza creadora de la nueva era.

Los grandes hombres de Estado que pilotearon la nave de nuestro Estado á través del huracán de la restauración y el torbellino del rejuvenecimiento, fueron hombres que no conocían más enseñanza moral que los Preceptos de la Caballería. Algunos escritores(1) han tratado recientemente de pro-

(1) Speer, *Missions and Politics in Asia*, Lectura IV,

bar que los misioneros cristianos contribuyeron en gran parte á la formación del Japón nuevo. Gran placer sería para mí dar honor al que lo merezca; pero este honor difícilmente puede concedérsele á los buenos misioneros. Más propio de su profesión sería atenerse al mandato bíblico de cederse mutuamente los honores, que reclamar uno sin pruebas en que fundarlo. Por mi parte, creo que los misioneros cristianos hacen mucho por el Japón, en la esfera de la educación, y especialmente de la educación moral; pero la misteriosa, aunque no por esto menos cierta, obra del espíritu, permanece todavía oculta en el divino secreto. Lo que quiera que hagan, es todavía de efecto indirecto. No, hasta ahora las misiones cristianas han contribuido poco á formar el carácter del nuevo Japón. No, fué pura y simplemente el Bushido el que nos impulsó á lo bueno como á lo malo. Abrid las biografías de los fundadores del Japón moderno, de Sakuma, de Saigo, de Okubo, de Kido, por no mencionar las memorias de los vivos, como Ito, Okuma, Itagaki, etc., y encontraréis que pensaron y escribieron á impulsos del espíritu samurai. Cuando Mr. Henry Norman, después de estudiar y observar el Extremo Oriente (1), declaró que el único

pág. 189-190; Denis, *Christian Missions and Social Progress*. Vol. I, pág. 32; Vol. II, pág. 70, etc.

(1) *The Far East*, pág. 375.

punto en que el Japón difería de los demás despotismos orientales estaba en «el influjo director, entre su pueblo, de los más estrictos, elevados y puntillosos códigos de honor que jamás instituyó el hombre», dió con la fuente que ha hecho del nuevo Japón lo que es, y que hará de él lo que está destinado á ser.

La transformación del Japón es un hecho patente al mundo entero. En una obra de tal magnitud entraron, naturalmente, varios motivos; pero si hubiera uno de nombrar el principal, no dudaría en nombrar el Bushido. Cuando abrimos todo el país al comercio extranjero, cuando introdujimos los últimos adelantos en cada esfera de la vida, cuando empezamos á estudiar la política y las ciencias occidentales, nuestro motivo director no fué el desarrollo de nuestros recursos materiales y el aumento de la riqueza; mucho menos fué una imitación ciega de las costumbres occidentales. Un atento observador de las instituciones y los pueblos orientales ha escrito: «Todos los días se nos habla de cómo Europa ha influído en el Japón y se olvida que el cambio en aquellas islas ha sido producido por ellas mismas, que los europeos no enseñaron al Japón, sino que fué el Japón mismo el que resolvió aprender de Europa los métodos de organización civil y militar, que hasta ahora han tenido éxito. Importaron la ciencia mecánica europea, como los turcos habían importado años antes la ar-

tillería europea. Esto no se puede llamar exactamente influencia», continúa Mr. Townsend, «á menos de decir que Inglaterra es influída por China cuando compra té á ésta. ¿Dónde está el apóstol filósofo, hombre de Estado ó agitador europeo», pregunta nuestro autor, «que ha rehecho al Japón?» (1). Mr. Townsend se ha dado muy bien cuenta de que la fuente de acción que produjo los cambios en Japón, estaba por completo dentro de nosotros mismos; y con sólo que hubiera entrado en nuestra psicología, sus agudas facultades de observación, le habrían convencido fácilmente de que esa fuente no era otra que el Bushido. El sentimiento del honor, que no puede sufrir que le miren como un poder inferior, ese fué el más fuerte de los motivos. Las consideraciones pecuniarias ó industriales se despertaron más tarde en el proceso de transformación.

El influjo del Bushido es todavía tan palpable que salta á la vista. Una ojeada á la vida japonesa lo pondrá de manifiesto. Leed á Hearn, el más elocuente y fidedigno intérprete del espíritu japonés, y veréis que la labor de ese espíritu es un trasunto de la labor del Bushido. La cortesía universal del pueblo, legado de las maneras caballerescas, es demasiado conocida para insistir de nuevo. El sufri-

(1) Meredith Townsend, *Asia and Europe*. New York, 1900, pág. 28.

miento físico, la fortaleza y la bravura que posee el «pequeño Jap», bastante probados quedaron en la guerra chino-japonesa (1). «¿Existe alguna nación más leal y patriótica?», preguntan algunos; y el poder contestar llenos de orgullo: «No existe», se lo debemos agradecer á los Preceptos de la Caballería.

Por otra parte, justo es reconocer que el Bushido es, en gran parte, culpable de las mismas faltas y defectos de nuestro carácter. Nuestra carencia de filosofía abstrusa (mientras algunos de nuestros jóvenes han ganado ya reputación internacional en las investigaciones científicas, ninguno ha hecho nada en la dirección filosófica) es atribuible al olvido de la educación metafísica bajo el régimen pedagógico del Bushido. Nuestro sentimiento del honor es responsable de nuestra exagerada susceptibilidad; y si los extranjeros nos acusan de alguna vanidad, también ésta es un producto patológico del honor.

¿Habéis visto, en vuestro viaje por el Japón, más de un joven con el cabello desgreñado, vestido con un traje desarrapado, llevando en la mano un bastón ó un libro, paseando por la calle con un aire de absoluta indiferencia hacia las cosas mun-

(1) Entre otras obras acerca de este asunto, véanse *Heroic Japan*, de Eastlake y Yamada, y *The New Far East*, de Diosy.

danas? Es un *shosei* (estudiante), para el cual la tierra es demasiado pequeña y el cielo no está bastante alto. Tiene sus teorías propias acerca del universo y de la vida. Su morada son castillos en el aire, y su alimento palabras etéreas de sabiduría. En sus ojos llamea el fuego de la ambición: su alma está sedienta de conocer. La miseria no es más que un estímulo para elevarse; los bienes mundanos son, á sus ojos, indignos de su carácter. Es el depositario de la Lealtad y del Patriotismo. Es el guardián voluntario del honor nacional. Con todas sus virtudes y sus defectos, es el último resto del Bushido.

Aunque profundamente arraigado y poderoso todavía, ya he dicho que el influjo del Bushido es inconsciente y mudo. El corazón del pueblo responde, sin saber por qué, á toda excitación que se haga á lo que ha heredado, y de aquí que la misma idea moral, expresada en una palabra nuevamente traducida, tenga distinta eficacia que expresada en un antiguo vocablo del Bushido. Un cristiano que tendía á la apostasía, y al cual ninguna persuasión pastoral podía apartar de esta tendencia, fué traído á obediencia apelando á su lealtad, á la fidelidad que había jurado á su Señor. La palabra Lealtad revivió todos los nobles sentimientos que se habían llegado á entibiar. Un bando de jóvenes revoltosos, empeñados en una larga huelga escolar de un colegio, por desagrado hacia cierto maestro, se disol-

vió con dos sencillas preguntas hechas por el director: «¿Es vuestro profesor un carácter intachable? Si lo es, debéis respetarle y conservarle en la escuela. ¿Es débil? En este caso, es impropio de hombres empujar al que cae». La incapacidad científica del profesor, que fué la causa inicial del motín, quedó reducida á la insignificancia al lado de las cuestiones morales propuestas. Despertando los sentimientos alimentados por el Bushido, puede realizarse una renovación moral de gran magnitud.

Una de las causas del fracaso de las misiones, es que la mayoría de los misioneros desconocen en absoluto nuestra historia («¿qué nos importan las historias paganas?», dicen algunos), y, por consiguiente, su religión queda aislada de los hábitos mentales á que nosotros y nuestros antepasados estamos acostumbrados desde hace siglos. ¡Despreciar la historia de una nación! Como si la vida de un pueblo, hasta la de los salvajes africanos inferiores, que no tienen historia escrita, no formase una página en la historia general de la humanidad, escrita por mano del mismo Dios. Las razas inferiores mismas son un palimpsesto, que aguarda á ser descifrado por un ojo experto. Para un espíritu filosófico y piadoso, las razas no son sino caracteres de la divina quirografía, dibujados claramente en blanco y negro, como los colores de su piel; y si este símil se acepta, la raza amarilla forma una

preciosa página escrita en jeroglíficos de oro. Ignorando la vida pasada de un pueblo, los misioneros pretenden que el Cristianismo es una religión nueva, cuando, á mi entender, es una «vieja, vieja historia» que, presentada en términos inteligibles (es decir, expresada en el vocabulario familiar á la evolución moral de un pueblo), encontrará eco fácil en sus corazones, sin distinción de raza ni de nacionalidad. El Cristianismo en su forma americana ó inglesa (con más de los caprichos y fantasías anglo-sajones que de la gracia y pureza de su fundador), es un pobre retoño para injertarlo en el tronco del Bushido. ¿Pretenderá el propagador de la nueva fe arrancar el tronco entero, con ramas y raíces, y plantar las semillas del Evangelio en el suelo devastado? Semejante procedimiento heroico quizá sea posible... en Hawaii, donde, según se dice, la iglesia militante triunfa en toda línea, acumulando los despojos de la riqueza y aniquilando la raza aborigen; tal procedimiento es resueltamente imposible en Japón; mejor dicho, es un procedimiento que Jesús mismo jamás habría empleado para fundar su reino sobre la tierra. Conviene que grabemos bien en nuestros corazones las siguientes palabras de un santo hombre, cristiano devoto y científico profundo: «Los hombres han dividido el mundo en cristiano y pagano, sin considerar cuánto bueno puede haber oculto en éste, cuánto malo puede estar mezclado en aquél. Han compa-

rado lo mejor de sí mismos con lo peor de sus vecinos; el ideal del Cristianismo, con la corrupción de Grecia ó del Oriente. No han buscado la imparcialidad, se han contentado con acumular todo lo que podían decir en alabanza propia y en vituperar las demás formas de religión» (1).

Pero, sea cualquiera el error cometido por los individuos, no cabe duda de que el principio fundamental de la religión que profesan, es una fuerza que debe tenerse en cuenta al considerar

EL PORVENIR DEL BUSHIDO,

cuyos días parecen estar ya contados. Señales ominosas flotan en el ambiente que presagian el futuro. Y no son sólo señales, sino fuerzas temibles las que le amenazan.

Pocas comparaciones históricas pueden ser más razonables que la establecida entre la Caballería de Europa y el Bushido del Japón, y, si es cierto que la historia se repite, ciertamente hará con la suerte del último, lo que hizo con la de la primera. Las causas particulares y locales para la decadencia de la Caballería, que enumera San Pelayo, tienen, naturalmente, escasa aplicación á las condiciones japonesas; para las causas más amplias y generales, que contribuyeron á minar la Caballería en la edad

(1) Jowet, *Sermons on Faith and Doctrine*, II.

media y después de ella, obran, seguramente, para la decadencia del Bushido.

Una diferencia notable entre lo sucedido en Europa y en el Japón, es que mientras en Europa, cuando la Caballería fué repudiada por el feudalismo y adoptada por la Iglesia, recibió un nuevo aliento de vida, en el Japón no hay una religión bastante amplia para alimentarlo; de aquí que cuando la institución madre, el feudalismo, desapareció, el Bushido, huérfano, tuvo que valerse solo. La actual perfecta organización militar podría tomarlo bajo su patronato; pero ya sabemos que la guerra moderna da poca ocasión á su desarrollo continuo. El sintoísmo, que le amamantó durante su infancia, está ya anticuado. Los canosos sabios de la antigua China van siendo suplantados por advenedizos intelectuales del tipo de Bentham y Mill. Se han inventado teorías morales de un género acomodaticio, que halagan las tendencias chovinistas de los tiempos y, portanto, parecen bien adecuadas á las necesidades del día; pero hasta ahora sólo oímos sus destempladas voces resonando en las columnas del periodismo amarillo.

Principados y potencias han formado contra los Preceptos de la Caballería. Ya, como dice Veblen, «la decadencia del código ceremonial (ó, llamándolo por otro nombre, la vulgarización de la vida) entre las clases propiamente industriales, se ha hecho una de las mayores enormidades de la ci-